

NOVA ET VETERA

Sección de Reseñas

Nova Et Vetera. Review Section

Arcila Estrada, Anibal. *Fredonia: Imágenes de su historia 1890-1980*, Impresos Jael, Medellín, 2017

La Fotografía antigua en un pueblo, una fuente documental indispensable para su historia

El libro se titula *Fredonia: Imágenes de su historia 1890-1980* y su autor compilador Aníbal Arcila Estrada. Su contenido, un compendio de fotografías en el cual se encuentran plasmadas expresiones de la cotidianidad y de los acontecimientos notables, de la gente común y destacada, del paisaje urbano y rural, del transcurrir de muchas vidas, todo registrado por la lente de numerosos fotógrafos que quisieron plasmar, a su modo, la existencia de este pueblo. He aquí, por lo tanto, una recuperación de rico contenido, que como rescate significa un repertorio de expresiones humanas, que llaman a convertir las imágenes en textos interpretativos sobre su modo de ser y su sentido. La labor está insinuada en la obra con una corta información que acompaña cada imagen, cual puerta de acceso a los comportamientos que se presentan, las poses, la vestimenta, el momento histórico y sus escenarios con sus objetos y espacios. No se puede dudar que esta era Fredonia a través de casi un siglo de existencia y en ella una aproximación a lo que por semejanza fueron muchos pueblos afines.

El repertorio de temas que con acierto el autor eligió para representar a Fredonia ha sido amplio. Se inicia con tres escenarios de la vida urbana: la plaza, las casas y las calles. A continuación, incluyó los caminos, pasó a las haciendas y el café, siguió con la fiesta a este producto básico, a los personajes, monumentos y acontecimientos, prosiguió con las obras públicas, los transportes, la educación y deportes; no dejó de lado la vida religiosa, el cementerio

y el corregimiento. Con tan completa radiografía de representaciones de realidades, Aníbal Arcila puso sobre el tapete las múltiples variables que conllevaban el transcurrir local de un mundo en apariencia estático, si se le aprecia en comparación con el de la ciudad.

En el parque figura un amplio espacio circundado de edificaciones de dos pisos con las puertas abiertas de sus locales en su parte inferior, la iglesia en el costado superior y la plaza como sitio del mercado y la feria de ganado. Los numerosos toldos circundados por una abigarrada concurrencia de compradores y la amplia oferta son el testimonio de una dinámica economía en su momento de mayor efervescencia. No se le pasó por alto registrar el almacén de pueblo, la heladería y la vivienda de un gran propietario, así como el momento histórico especial, de la multitud esperando en un balcón amplio el arribo de un candidato presidencial en campaña.

Con las imágenes relativas a las casas y calles, Arcila quiso representar las viviendas que fuesen reconocidas como sitio especial por algún sentido, captable en sí por las gentes de Fredonia, al lado de aquellas donde estuvo reflejado el trabajo característico del artesano de la madera al fabricar ventanales y puertas. Las calles, por su parte, caracterizan espacios de circulación, de actividades, de presencias, de ambientes y hasta de acontecimientos. Unas con mayor concurrencia por centralizar el comercio; otras, lugares de paso al corresponder a partes del pueblo donde se habita y simplemente dialogan las personas; y unas más cruzadas por alguna recua de mulas que ingresa al lugar cargada de café.

Por su parte, en los caminos, las haciendas y la trayectoria del café, el autor conduce su obra hacia el mundo rural relativo a la generación de su producto básico. El camino, a diferencia de la calle, aparece con su rusticidad ya enmarcado en la vereda, ya transformado en carretera o como cara opuesta del que cuidadosamente empedrado ameritó el nombre de real. En cuanto a las haciendas, las imágenes son prolíferas en mostrar casonas amplias de bellos y largos corredores con una arquitectura arraigada en la historia del café. Se detallan expresiones de sus actividades productivas, como su almacigo, los cultivos, el sombrío, los trabajadores, la recolección, el beneficiadero, las mulas transportando la cosecha, la compraventa o el trapiche panelero. Es

decir, esta parte de la obra es una radiografía visual de la economía cafetera, dispuesta para mostrar su magnitud, su laboriosidad y su riqueza.

Llegó la fiesta pueblerina cuyo símbolo no podía ser otro que el café. Días de jolgorio con sus eventos y sus protagonistas: corraleja, corrida de toros, música, baile, comparsas, disfraces, reinas y madrinas, toreros y la multitud participante. Se trata así de otra fase opuesta a la de la dura jornada de la producción cafetera, mostrada para ilustrar una recreación de muchas más expresiones y celebraciones cíclicas. En esta ocasión, la cultura de la fiesta deja atrás los sudores del recolector, los conflictos, las tensiones, los cuidados de los administradores con los cultivos y las acciones de los hacendados.

En el capítulo de los personajes, la variedad indica el interés del autor por dejar constancia de una riqueza de expresiones que corresponden a la importancia de un pueblo. Los testimonios de fotografías de gabinete, con sus figuras elegantes y rígidas prefabricadas en sus poses dejan una buena impresión. Incluye la familia del colono, no un campesino raso sino un grupo que demuestra prestancia, seguida de una pareja de hermanos con menor realce; los militares dispuestos con sus uniformes impecables y muy lejos de sus campos de acción; los profesionales, las imágenes de Marco Fidel Suarez y Rafael Uribe, las familias, las parejas de esposos, los niños y niñas, todos elegantes ante el retratista. En las imágenes más espontáneas están el paseo familiar, la pareja que baila en la fiesta cafetera, Rodrigo Arenas Betancur leyendo, un sacerdote dando la primera comunión, integrantes del comité cafetero o el bobo del pueblo.

En otro compendio de imágenes, predomina el monumento religioso sobre el monumento de contenido político. De todas formas, ambas tipologías guardan en sí una trayectoria de relaciones que despuntaron desde los mismos orígenes de las obras. Igual puede decirse que como arte corresponde a determinados estilos, modelos y tradiciones adaptados a la intensión de perpetuar su presencia, pero que presentados de manera escueta como figuras no hay oportunidad de percibirlo.

A continuación, el autor presentó un campo visual con pocos ejemplos, a pesar de su importancia. Se trata del destinado a los acontecimientos; incluye la visita de Rojas Pinilla y su esposa, una tragedia por un derrumbe en el cerro de Combia y el asesinato de un líder del Partido Conservador. La muestra es

poca porque el largo transcurrir histórico de un pueblo deja más huellas de hechos impactantes dignos de figurar y algún registro fotográfico quizás pueda existir.

En cambio, el material escogido para ilustrar los temas de las obras públicas, el transporte y la educación contiene ejemplos más abundantes. En el primer campo está registrada la presencia de las edificaciones básicas en servicios a la comunidad y en su dirección, como son el matadero, el acueducto, el cementerio y la casa de gobierno municipal. En cuanto a los medios de transporte, el autor omitió a la mula y el caballo por centrarse en los vehículos antiguos. La omisión es importante por ocultar su larga presencia y utilidad al servicio de la vida agraria. Por último, en la sección educativa aparece una rica expresión de ella, con ejemplos de centros educativos de vieja data, egresados del liceo, grupos de niñas alumnas del Colegio de la Presentación, antiguas escuelas, entre otras imágenes. Todas estas evidencias ilustran una intensa actividad formativa de la niñez y la juventud, fruto de la importancia histórica que se le ha dado.

La penúltima sección del libro, antes de las imágenes relativas a los corregimientos, se refieren a la vida religiosa, provista de una abundancia de expresiones, signo de su continuidad y presencia en el transcurrir local. En primer lugar, los diversos centros de culto, cuyas fachadas muestran un contraste entre la imponencia y belleza y la sencillez de alguna capilla. Las celebraciones con asistencia masiva y desfiles no pueden faltar por ser una de las reuniones básicas del sentir religioso y a la vez estar inmóviles en el transcurrir del tiempo. La primera comunión colectiva, la ordenación de un sacerdote que desfila por la calle en medio de niños uniformados, los retratos de sacerdotes destacados, un “cura mártir” y una secuencia del cementerio del antiguo al actual completan la colección.

Por último, tal ilustrativa obra da cuenta de los corregimientos, esos pequeños lugares de vida campesina que se encuentran regados en toda jurisdicción de una cabecera municipal, donde la existencia de sus habitantes fluye con más parsimonia. La autonomía que posee su micro existir transcurre y en ella lo ilustran las imágenes que representan a Fredonia. Allí están como construcciones, las modestas viviendas antiguas de techo de paja, las que las suplieron, la pequeña capilla y su altar bien provisto de flores, otra que la

reemplazó, el Altar de San Isidro y del Corpus Cristi, algunos retratos, la calle, una vereda de mayor consolidación, un parque espacioso, la edificación de un viaducto del ferrocarril y su terminación, una estación y alguna imagen más.

Para concluir, el libro que ha elaborado Aníbal Arcila Estrada rescata en forma visual la historia pueblerina. Es un aporte muy valioso para que los historiadores asuman la tarea que, hace algunos años, ha propuesto el respetable historiador Peter Burke de hacer de la imagen una fuente histórica leyéndola. Felicitaciones al autor por haber hecho el esfuerzo de compilar tan preciso material.

RODRIGO CAMPUZANO CUARTAS

Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia